

La desmovilización de los universitarios reduce las protestas pero las radicaliza

LAS MINORÍAS MÁS POLITIZADAS LIDERAN EL DESCONTENTO PUNTUAL DE UNA GENERACIÓN APÁTICA Y ACOMODADA

REBECA YANKE

El nuevo año despierta calmando en los campus. Asentado el Proceso Bolonia y, mientras en otros países de Europa las manifestaciones estudiantiles no han cesado, los estudiantes españoles destacan por su inmovilidad. Donde hubo fuego ya ni siquiera saltan chispas.

«Los jóvenes están muy poco politizados», dice Fernando Vallespín Oña, catedrático de Ciencia Política de la Universidad Autónoma de Madrid. «Sólo la religión les interesa menos, según las encuestas».

Históricamente, la revuelta ha sido sinónimo de búsqueda, a veces idealista, de dignidad; una respuesta a la norma, a los valores y a los poderes establecidos. Ahora, más que idealista, la respuesta (la revuelta) es egoísta: los jóvenes protestan cuando «algo les afecta en sus intereses», apunta.

«Entonces sí se movilizan. Y los que lo hacen son los más radicales, es decir, los más motivados. Y dura poco porque son pocos. Son jóvenes reactivos, como lo son el resto de los ciudadanos; no están siempre preocupados, sino que reaccionan cuando algo les toca de cerca», afirma el ex presidente del CIS.

¿Qué es lo que les interesa a los jóvenes, qué les mueve, valga la redundancia, a moverse? Vallespín enumera:

«las tasas, Bolonia, la ley de descargas de internet» y, echando la vista atrás, «la movilización contra la Guerra en Irak». ¿Conviene mirar aún más hacia atrás?

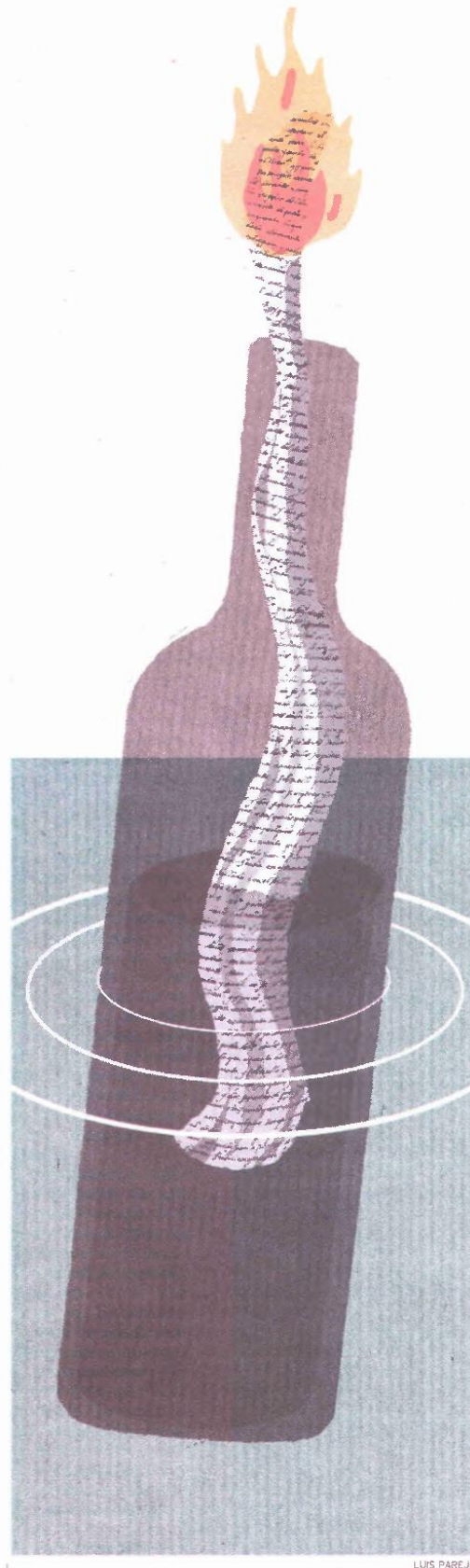
La revuelta, según la filósofa francesa de origen búlgaro Julia Kristeva, es «rememoración, interrogación y pensamiento» y en los tiempos que corren las preguntas son dos: «¿Quién puede rebelarse? ¿Y contra quién?». Los jóvenes se revuelven poco en pro de sus derechos (y si llegan a hacerlo no dura demasiado tiempo) porque no les mueve una «motivación en conciencia sino como reacción», continúa Vallespín.

LOS JÓVENES NO SE REBELAN POR CUESTIONES DE CONCIENCIA, SINO COMO MERA REACCIÓN

No se expande en el tiempo, no es una revuelta duradera, casi no es revuelta sino, en la mayoría de los casos, fogonazo, chispazo que se moja rápido.

Dispar y fluctuante, el siglo XXI, cuya primera década acaba de echar el cerrojo, deja un poso de tibieza entre la avalancha de transformaciones. La amplitud del cambio y el desconocimiento de qué herramientas son las más eficaces a la hora de adentrarse en él provoca una circunstancia extra: la inmovilidad. Lo que José Luis Brea, profesor de Estética de la Universidad Carlos III, denomina «geometría de la reacción». La revolución es fulminante en el campo tecnológico y económico, pero mucho menos en el espiritual.

SIGUE EN PÁGINAS 4 Y 5



LUIS PAREJO



MOVILIZACIÓN



Estudiantes rumanos conmemoran, las pasadas navidades, a los manifestantes asesinados en la plaza de la Universidad de Bucarest durante las revueltas anticomunistas de 1989. / EFE

La escasa motivación de los jóvenes a la hora de defender sus derechos otorga mayor visibilidad a los más radicales

LA ACTUAL GENERACIÓN DE ESTUDIANTES, CÓMODA CON LOS VALORES DE LA SOCIEDAD EN LA QUE VIVE, LIMITA EL PASO POR EL CAMPUS A SACAR ADELANTE SU CARRERA Y CONSEGUIR TERMINARLA CUANTO ANTES, OBTENER BUENAS NOTAS Y REALIZAR PRÁCTICAS LO ANTES POSIBLE. LOS COLECTIVOS MÁS POLITIZADOS CONTROLAN LAS REVUELTAS OCASIONALES

VIENE DE PÁGINA 1

La pregunta elemental es, históricamente, kantiana. ¿Qué hacer? Y la respuesta, ahora, es derridiana, es decir, deconstruida: ¿Qué hacer con la pregunta '¿qué hacer?'?

Según Jorge Benedicto, profesor de Sociología Política de la UNED «el perfil de nuestros jóvenes corresponde al tipo de sociedad de la que forma parte». «La de ahora busca lo inmediato y lo espectacular, y lo mismo buscan los jóvenes. Sin embargo sí se revuelven, pero quizá de forma más fragmentaria y lejos de la idea tradicional de revuelta. Por eso las expresiones de descontento son momentáneas», explica este profesor.

Tanto Vallespín como Benedicto coinciden, además, en la necesidad de no tomar como referente Mayo del 68 a la hora de reflexionar sobre las causas que provocan cierta imagen de apatía entre los jóvenes que pueblan las universidades, o peor: la posibi-

dad de idealizar un instante clave en la historia del siglo XX. ¿De verás serviría para comprender (o incluso mejorar) el siglo XXI?

Vallespín ni siquiera se adentra en establecer un paralelismo, mientras explica: «Aquello fue otro tipo de revuelta, más social». «No es verdad que fuese una motivación de toda la juventud», matiza Benedicto. «Ahora la juventud rechaza el mito, las nuevas

generaciones han llegado a una nueva sociedad, la del bienestar, y reclaman protagonismo; en los 70 se estaba viviendo un cambio social», a plía.

La cercanía con la época de los adoquines como protagonistas deja su impronta. Según Benedicto, son precisamente los padres de los que ahora son jóvenes quienes tienen «una sensación de incomodidad, más que los propios jóve-

nes». «Los adultos se preguntan: ¿Por qué no siguen los modelos anteriores?», resume este sociólogo de la UNED.

Sin embargo, Benedicto no cree que los estudiantes tengan que justificar su actitud, al menos no más que el resto de los ciudadanos, por ejemplo sus padres: «Es cierto que muchos jóvenes no hacen nada, sí, como los adultos. La juventud no se implica como

los adultos querían, y cuando lo hace a los adultos no les gusta, porque algunos gestos atentan contra la propiedad privada, por ejemplo, como lo que ha pasado en el Patio Maravillas, un caso de cultura alternativa que se reprime en aras de la propiedad, en favor de la propiedad», resume.

Precisamente por las nuevas dificultades que impone una situación dada, como es, en este caso, la posmodernidad, (donde impera el nihilismo, la falta de compromiso social y el individualismo) parece razonable la asunción de la posibilidad de la revuelta como un conglomerado de «expresiones diversas y fragmentarias». «Hay que atender a la particularidad», sostiene Benedicto.

Su idea enlaza, suavemente, con la tesis principal del ensayo de la filósofa Julia Kristeva, *El porvenir de una revuelta* (Seix Barral), un libro que, cercano a lo poético y a lo autobiográfico, trata, precisamente, de sobrepasar la cultura de duda y sus-

INSTANTES ÁLGIDOS EN EL ESCENARIO ESPAÑOL

El tardofranquismo. Hubo un movimiento estudiantil intenso, que luchó por la imposición de una alternativa política democrática, entre 1975 y 1978. Las aulas fueron entonces uno de los escenarios de la Transición, en su vertiente de ruptura generacional, explica Eduardo González Calleja en su ensayo *Rebelión en las aulas, movilización y protesta estudiantil en la España Contemporánea*.

Informe Bricall. El Informe Universidad 2000 o Informe Bricall fue un encargo de la Conferencia de Rectores de Universidades Españolas (CRUE) para tomarle el pulso a la enseñanza superior. El encargado de encabezar el estudio fue Josep M. Bricall. Reactivó las redes estudiantiles universitarias e introdujo polémicas entre los estudiantes.

LOU. Apenas un año más tarde de que se pusiera en marcha el Informe Bricall, en 2001, se promulgó la Ley Orgánica de Universidades (LOU). La primera protesta masiva por la defensa de la enseñanza pública de calidad frente a una supuesta privatización se desarrolló el 29 de octubre de 2001, cuando se convocaron 29 huelgas por todo el Estado que también sacaron a la calle a numerosos estudiantes de Bachillerato y F.P.

Anti Bolonia. El otoño de 2008 es, hasta el momento, una de las épocas más calientes en lo que a revuelta estudiantil se refiere. En diciembre, las protestas de los universitarios por la aplicación del mal llamado Plan de Bolonia llegaron a la Facultad de Psicología de la Universitat Autònoma de Barcelona. Los alumnos ocuparon las aulas y pararon la actividad académica.



pensión que se vive en las últimas décadas. Kristeva, de hecho, piensa que la única manera de cambiar el «nuevo orden mundial» es reactivando «el espíritu de revuelta».

Sin embargo, no es la suya una idea clásica de revolución, sino que propone como alternativa la «intimidad sensible», es decir, la «particularidad» que el sociólogo Jorge Benedicto mencionaba. «La intimidad no es la nueva prisión», explica Kristeva ya en su prefacio, «su necesidad de vínculos podría fundar, más tarde, otra política».

Consciente de que se le podría acusar de proponer una gesta demasiado poética (experiencia sensible frente a raciocinio) para una cuestión ardua como es la Universidad, los jóvenes y la capacidad que tienen para enfrentarse a sus propios problemas, Kristeva responde rápido a los escépticos:

«¿Pero están seguros de que no hemos rebasado ya un límite a partir del cual tenemos necesidad de *re-tornar* a las cosas pequeñas: *revuelta* microscópica, para preservar la vida del espíritu y la especie? La revuelta, pues, como retorno-revuelta-desplazamiento-cambio, constituye la lógica profunda de cierta cultura que quisiera rehabilitar».

Pero esa revuelta posible obliga a «la rememoración, la interrogación y el pensamiento». Difícil en un 2010 lleno de presente, y muy rápido. «El año pasado sí que hubo movilizaciones», recuerda Diego Tejero, presidente de la Delegación de Alumnos de la Universidad Complutense. «Tuvo fuerza, hubo mucho trabajo y mucha implicación, pero el propio sistema de estudios no permite continuar con la movilización durante mucho tiempo, la gente no puede dejar de lado sus asignaturas», cuenta.

Diego Ortega, presidente de la Coordinadora de Representantes de Estudiantes de Universidades Públicas (CREUP), continúa en la misma línea: «A los estudiantes no les suele interesar nada que no les afecte directamente, y antes la Universidad era de otra manera, mantenía el componente de espacio que otorgaba la posibilidad de cambiar de clase, o de *status* social. Eso ya no pasa, porque ahora un abogado y un barrero cobran lo mismo; todos malvivimos, pero vivimos».

Como Benedicto y Vallespín, Ortega y Tejero recuerdan la necesidad de ampliar visión y poner la cuestión en contexto. Dice Tejero: «El problema social es general y no hace fácil la revuelta, si es que lo fue algún día. No deja paso a los estudiantes, que tienen poca motivación a la hora de defender sus derechos. Si no van a ganar nada con el movimiento, no se mueven, hay apatía». Y, al igual que Ortega, menciona un hecho capitular: sacar las asignaturas de la carrera lo antes posible. «Ir a las prácticas,

sacar buenas notas, hacerlo rápido, esas son sus preocupaciones, por eso los estudiantes no participa en otras cuestiones», enumera.

¿Se trata de nihilismo o de pragmatismo? ¿Cómo confiar en la particularidad (la intimidad, la experiencia sensible) si, hasta ahora, cuando algo se mueve es porque conduce la masa? Para Kristeva el hombre nihilista «no es un hombre en revuelta sino un hombre reconciliado en la estabilidad de los nuevos valores». Pero esta estabilidad, según la profesora francesa, es «ilusoria, mortífera, y una suspensión del pensamiento». La palabra prosrita es desencanto.

Para Guillermo Ballenato, psicólogo y orientador de la Universidad Carlos III, «la acusa una parte de la juventud, que siente cansancio y desesperanza». «Rechazan la sociedad en la que

viven y de la que tienden a sobredimensionar sus aspectos más negativos. Ponen el acento en la competitividad, el individualismo, el consumo, las desigualdades y las injusticias. A pesar de vivir bajo su influjo, la juventud es consciente de que es preciso cambiar la sociedad, mejorar, y que hay que movilizarse para ello», resume.

Frente a la propuesta de Kristeva de atender a la individualidad (a ese *prompto* desconocido e instintivo del ser humano que le lleva, se encuentre en la situación que se encuentre, a resistir) el joven de hoy tiene una relación ambigua con el grupo. «Las necesidades de pertenencia, de búsqueda de identidad, de integración, hacen que, en el caso de la juventud, sea muy significativo el poder de influencia que ejerce el grupo sobre el individuo. Bajo el amparo del grupo es probable que se genere un efecto amplificador, despersonalizador y de disolución de la responsabilidad, lo que facilita que se adopten decisiones y se realicen acciones más arriesgadas».

El grupo, además, tiende a evitar hablar de forma personalizada, o sencillamente identitaria. Desde la Asamblea de Estudiantes contra Bolonia de Madrid se

evita dar una opinión, ni consensuada ni personal, sobre la capacidad que tienen, tanto ellos como sus compañeros, para permanecer inquietos o expectan-

tes, aptos para mantener su espíritu en revuelta, o dispuesto al cambio.

Si afirman, en cambio, que tras el IV Encuentro Estatal celebrado el pasado octubre, planean, durante este año, «diversificar los ámbitos de la lucha, resolver pequeños problemas de información, gestión y organización, y atender a los problemas por facultades. La apuesta es, en definitiva, por el porvenir, aunque sea utópico. Kristeva revisiona a Albert Camus cuando afirma: «Me rebelo, luego apuesto por ser».

«EN 2009 HUBO MOVILIZACIONES», RECUERDA DIEGO TEJERO, DELEGADO DE ALUMNOS

«SI NO VAN A GANAR NADA, NO SE MUEVEN», DICEN DESDE LA CREUP